

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES:
CONCEPCION, 3. TELÉFONO, 149
APARTADO DE CORREOS, 29
PRECIO DEL EJEMPLAR: 10 CENTIMOS
Suscripción: Capital 2 pesetas mes
Fuera 7 pesetas trimestre

HOY

DIARIO DE LA MAÑANA

Philips Radio
AGENCIA:
Edmundo Alfaro



Año I ALBAGETE, jueves, 31 de marzo de 1932 NUM. 75

LOS SUCESOS DE VILLARROBLEDO

La violencia, en régimen de libertad

Por si los propietarios cumplen o no las bases establecidas para los trabajos en el campo, estálló una huelga de labriegos en Villarrobledo el sábado último.

No tenemos información detallada de las causas del conflicto; pero si conocemos lo bastante para saber que la gran ciudad de Villarrobledo, en progreso creciente en todos los órdenes de la vida, no es uno de esos pueblos a los que no llegó la República; de esos pueblos que están siendo motivo frecuente de atención por parte de EL LIBERAL. A Villarrobledo si que llegó la República, porque Villarrobledo luchó en las elecciones municipales y conquistó su Ayuntamiento para republicanos y socialistas; porque Villarrobledo tiene un alcalde socialista y no un antiguo cacique; más o menos apañista; porque Villarrobledo, en fin, es un pueblo culto, uno de los pueblos más cultos de la Mancha. Y a pesar de haber llegado la República a Villarrobledo, ha estallado allí un conflicto social de alguna gravedad, puesto que ha tenido que intervenir la Guardia civil.

No se comprende que esto pueda ocurrir en ciudades de las expresadas características. Los propietarios de la tierra son allí personas ilustradas que deben saber, de sobra lo saben, que no están los tiempos para regatar concesiones a los obreros organizados. Estos a su vez, con su Casa del Pueblo, con su Ayuntamiento y su alcaide socialista; con sus diputados republicanos y socialistas, ¿qué necesidad tienen de acudir a la violencia para defender la causa del trabajo? Se comprende esa actitud desesperada en aquellos otros pueblos que viven sin República, que padecen a los caciques de antaño, que tienen en los ayuntamientos a los mismos que en ellos estaban en tiempos de la U. P.; que no conocen siquiera a los diputados que ostentan la representación de la provincia; pero Villarrobledo ya hemos dicho, que no está en ese caso.

Y es grave dado para la democracia consciente y bien organizada sacar las cuestiones sociales del campo en que deben desarrollarse y emplazarlas fuera de la ley, porque entonces se resuelve en el terreno de la fuerza; entonces se perturba a la paz pública, y entonces el Gobierno de la República no tiene más remedio que reprimir esos movimientos absurdos, mal dirigidos, torpemente desenvueltos. Y adólos organización, ¡adós Ayuntamiento, ¡adós alcaide, ¡adós diputados a Cortes!, ¡adós todo lo que debió moverse la mayoría oprimida a la cívica democracia del pueblo en cuestión.

La razón que pudieran tener los huelguistas antes de los sucesos, defendida por sus concejales, por sus diputados a Cortes, hubiera comprometido seriamente a los propietarios intransigentes. Después de los sucesos, todo cambia de aspecto.

La gente piensa en si será Villarrobledo uno de esos pueblos dominados por la F. A. I. El Gobierno, esclavo de su deber, tiene que tomar la defensa del principio de autoridad, porque si la República no fuere garante del orden, recurso supremo contra el anarquismo, la República sería sepultada por los mismos que la sacaron limpia, pura e inmaculada, de las votaciones del 12 de abril de 1931. Por esta razón, cuando el Gobierno reprime las violencias populares, no puede decirse que esté en favor ni en contra de los obreros ni de los propietarios, lo hace sin entrar en el fondo del asunto y sin más finalidad que la de defender la República, que está por encima de todos.

La violencia en régimen de libertad no está justificada nunca; no lo está en los pueblos sin República; mucho menos en los que la tienen. La violencia es un crimen contra la República. No la puede justificar en ningún caso la intransigencia patronal, porque para sancionarla está en el ministerio de Trabajo personalidad de tanta autoridad en el mundo obrero como D. Francisco Largo Caballero. Las diferencias entre labriegos y propietarios tienen su cauce en los comités arbitrales, y el laudo que éstos dictan es obligatorio para ambas partes. Tómese la justicia por la propia mano no es cosa que puede tolerarse en una República bien ordenada.

Repetimos que no prejulgamos la cuestión que haya dado origen a los sucesos de Villarrobledo. No encontramos siempre inclinados hacia los más humildes; nunca caemos del lado de los poderosos; pero por esto mismo nos duele que los trabajadores pierdan la razón que puedan tener acudiendo a la violencia en régimen de libertad.

(De «EL LIBERAL», Madrid)

Quiéren que se juegue
Madrid, 31 (4 madrugada). — Un grupo de diputados propondrá a la Cámara la reglamentación del juego en toda España.

— Parece seguro que firmarán la propuesta representantes de todas las minorías, excepto de la socialista.

Letras de luto
Mañana viernes, en la iglesia de San Juan, a las diez y diez y media de la mañana, se celebrarán las misas de nueve días en sufragio del alma de la señora doña Ana María de los Angeles Orellana de P. O. Con este motivo reiteramos a su distinguida familia nuestro sentido pésame.

FRANKISQUILLAS

(AUN HAY CLASES)

Cierto bello sujeto
vió en un diario
un retrato suyo
con comentario.

Si mata era lo foto,
peor el pie.

Decía: «El anarquista
F. de T.»

Y ahora pide el F. tanto
rectificar
para poner las cosas
en su lugar.

¡Anarquista! ¡Erais buenos
de información!
¡Aún hay clases, antigas!
(Tiene razón).

¡Decir tamaño injuria
de un ciudadano
que la Star no ha tenido
nada en la mano!

(Colgarte a un inocente
tal sambenito!)
Hay que pensar las cosas
muy despacio.

Y si aun pensando mucho
se da una pata,
corrige caladuras
de justicia.

De modo que, si es hombre
de limpia fama,
a rectificar tocan,
como el reclamo.

Tras: «¡Id, pues, la fr-se
del buen señor.
Yo no soy anarquista.
¡Soy timador!»

Francisco BELMONTE

Buenos días...

—Interesante discurso de Unamuno en la fiesta literaria de Murcia, obra que la primavera visitó a la ciudad como a una novia de la guerra. El fue reivindicado los altos valores de la palabra. ¡Buena falta hacía esto, ya que tantos nombres, que debieron permanecer calientes, llenaron de palabras y de odos ancestrales la hermosa y limpia lengua de Castilla.

—Por eso la gente desconfía ya de los hombres, que hablan... Es, ya lo he oído usted al almorzado a las 12 de la Vida de Don Quijote y Sancho. «Hoy no gobiernan con palabras, y con palabras gobiernan Dante».

—Claro. Pero las gentes, que por instinto tienden a generalizar, midiendo a todos con idéntico rasero, confunden muchas veces a los vacuos charlatanes de la política, que hicieron de la palabra un instrumento más de su ardid, con los que, como el gran don Miguel ha subrayado, «por la palabra hacen la justicia».

—Y se habla como de hombres de acción de los que son hombres de palabra, porque ella es su acción.

—Tal vez habrá quien sienta, escéptico, advirtiéndole que vale es un juego de palabras de Unamuno. Pero, entonces, habría que leerle detenidamente el capítulo de «El fin del trabajo y la flor del juego», ¿verdad?

—Sí, sí... La flor de los juegos de don Miguel de Unamuno es siempre muy transcendental.

ANECDOTARIO

Hay personas que les nace el hablar con pureza y corrección el idioma de Cervantes. Tal le ocurría a la señora doña Adela Pérez, tal carnal del notable escritor de estas tierras Huberto Pérez de la Ossa, que ha tiempo adquirió bien ganada fama en los círculos literarios.

«Un día charlaba con una amiga que no hablaba tan fino en eso del lenguaje, la cual le daba noticias, referentes a una tercera persona que no pasaba a creer. Porfiaba aquella: «Te digo que sí, que lo sabe mucha gente».

Duda ya doña Adela y para terminar de una vez, le dice: «¡Buena; si es verdad, dame una razón convincente».

La amiga, muy extrañada: «¿Con vicente?... ¿Con qué Vicente? ¡Si yo, de Vicente no te he dicho nada!»

UN AUTÓGRAFO DEL PRESIDENTE

A su paso para Murcia el Presidente de la República, accediendo al ruego de nuestro director, escribió la siguiente cuartilla con que honramos estas columnas.

Para 114 hoy
Un recuerdo de
afecto y de
gratitud a
esta pue-blo
a cuyo favor,
he tenido el
honor de el
participar.
1932.
Francisco Largo

(Para «Hoy». Un recuerdo de afecto y de gratitud a este pueblo a cuyo foro he tenido el honor de pertenecer, 1932. N. A. Zamora).

CRONICAS DE «HOY»

En torno a la decadencia de la novela

Por JOSE S. SERNA

—¿De acuerdo?
—No.

El otro quédese mirando, en el espejo una expresión de estupor perfecta. Pertenecía, sin duda, a esa clase de hombres que creían elegantemente perdido de una vez para siempre por la entera seguridad, a esa seguridad tan voluble, tan coqueta, que se llama «ser sencillo crítico» —la «sencillez Verdad». Por eso, aquel «no!» —escueto, tajante, inmovible— le dio un su convencimiento como no le habría dado un largo discurso combatiendo sus afirmaciones. Porque, mirando bien las cosas, ¿existía el derecho de contestar así a una disertación que la haya tan prolija, tan erudita, consistente de citas oportunas y precisas apasionadas por «la novela, que se nos muere de aburrimiento entre la indolencia de las manos?»

Se indignó. Contestó, sin embargo, porque estaba enamorado de eso que se llama «británica corrección», sustituyendo rápidamente el estallido de la ira por una pregunta punzante de ironía:

—¿Por qué?...
Asílo:
—Ya que no pretendió usted haberme convencido sólo con su gesto de detentador, ¿verdad?

El «dictador literario» sonrió:

—¿Por qué? Porque sí. Mejor fiador porque no. «En ese punto probado que el lenguaje de los libros al tanto, confesiones: no ponga usted esos ojos, aunque nio—me exime de razonar mi negativa. Es usted quien debe explicar un pequeño mejor su cartel de rolas letras de alarma.» «La novela se muere, ¿verdad?»

CONFETTI Y SERPENTINAS

Por los 17 lectores de «El Diario», incluyendo en la cifra conocida de los que se suscriben, lamentamos no contestar ayer a las atenciones que nos hizo en su número del martes.

Teniamos muchas cosas de publicación preferente y aunque nos obligaba grandemente el honor de concedernos el fondo y un artículo de columna, entendimos—perdone el decano—que el asunto, nacido de una «China» y de un «Confetti», no merecía comprimir nuestro original ni fatigar al linotipista.

Aprovechamos un huecuello que hoy tenemos, para resumir con el último puñado de confetti que pensamos, por ahora, lanzar. Así pues, en plan de resuena habremos de decir:

Que la obra del señor Azaña es algo tan grande que está por encima de lo que «El Diario» quiere explotar levantando odios contra él, porque desgraciadamente (y nosotros como abalcates los sentimos, pero no lo emponzamos) resulten heridos los intereses locales.

Que a don Manuel Azaña no se le cae la baba como pueden testificarlo los militares y los obreros a quienes dejó situados como a España interesada, y que si alguna vez se le cae no va a dejar que sea «El Diario» quien se la limpie.

Que, en efecto, algún parentesco existe entre HOY y «Boc del pueblo», fraternidad de que nos honramos recordando que nuestro acendrado hijo solamente vendría como torres y con la eficacia que pudo verse el 12 de Abril. «Boc del Pueblo» desnudó todas las corrupciones monárquicas y «El Diario» aún no nos perdona la pupa. ¡Oh dolor!

Lo demás no merece la pena.

—«¡Oh! Perdóneme. Acaso soy yo, en estos momentos de la vida de España, el único español que no sabe que «Ostea» es Ortega y Gasset y que no ha leído ya casi todos sus libros. Sin entender ninguno, naturalmente. Porque siempre que «las manos» le aplaudían, aplaudían sólo lo que hay en él, esto es, lo que puede decirse lector hasta ellas y penetrar su carácter. Lo demás, todo lo demás, permanecerá siempre en tinieblas para la mayoría, como debe ser...»

—Bien. Allí usted si así piensa. Ya por mi parte, insistió en que la novela española, lamentablemente (¿abandono de la rautera novelista? ¿Crisis de autores? Es otra la razón. Esas que la vida del mundo ha cambiado, ¡cambiando más rápida, más tensa y más diversa...! Estamos varados de prisa, sin querido amigos, y la buena novela sólo en el reposo se nos da íntegra y guasta como una virgen contemplada. Además, si el teatro es «la novela de los que no saben leer», la novela es la vida de los que no saben ya no pueden vivir. Por eso, leyéndola, experimentamos sensaciones que el virrey católico no nos ha dado nunca, y vagamos los que siempre languidicemos entre las paredes tristes de su cuarto, y sintonía el verdadero amor que jamás amaron ni fueron amados sino engañados, y turba sus manos de sangre de ermita quien no asesina, y... ¿Comprende usted? La novela es la vida de los que «no vivían», y ahora... Hoy ha muy fuerte de los hombres «viven», porque viven lógicamente es vivir también. Luchar por el amor o por la gloria es, después de todo, tan interesante como batallar bravamente por un pedazo de pan. Lo que importa es el combate.

—Bien. Y...
—Y el buen ciudadano no necesita leer ya novelas con las cuales tropieza en las calles, profanada el mismo marcial. Por ello, la novela de la sencilla desolación de una mujer, tan sencilla, y...

—Y se halla usted perfectamente equivocado, amigo mío. Equivocado en todo...
—Pero ¿qué está usted todavía de acuerdo conmigo?

—No.

La ausencia del Gobernador

Para el corresponsal de «El Liberal» en Villarrobledo

En la información de «El Liberal» referente a los sucesos de Villarrobledo le damos las gracias, señor Gobernador.

Y como, pensando de buena fe, no podemos dudar de la buena fe ajena, nos extraña que el informador, que tanto interés tiene en destacar la ausencia, no diga a qué fue debido; tanto más, cuanto que toda la provincia sabía dónde estaba el ausente y a qué había ido.

El Gobernador salió a cumplir sus deberes ciudadanos. Fue a Camarillas donde su presencia era absolutamente necesaria, ya que de defender intereses provinciales se trataba.

Cuando fué y a qué fue lo dijo la prensa local en primera plana.

Y que desde la una y media de la tarde, hora en que regresó a la capital, comenzó a actuar acertadamente en la cuestión de Villarrobledo, lo sabía también todo Albacete, y todo Villarrobledo.

O sea—según pensamos con buena fe—todo el mundo sabía informar... menos el informador.